

LECTIO



DIVINA

DOMINGO 2º



Pascua
Ciclo C

Carlos Pabón Cárdenas. CIM.



PADRES EUDISTAS
PARROQUIA SANTA MÓNICA
CALI





La Divina Misericordia

Ambientación

El Domingo pasado celebrábamos la resurrección del Señor. Es el día de Pascua por excelencia. Pero el «**tiempo de Pascua**» no se acaba en el Domingo pasado. Hoy, y los restantes Domingos del año, son *el día del Señor*. El día en que su resurrección nos reúne para celebrar ese gran acontecimiento y para compartir el gozo de nuestra fe.

Es, también, el día de la acción de gracias a Dios por habernos favorecido de esta manera. Por la muerte y resurrección del Señor hemos sido perdonados, por su gran misericordia. Una vez más renovamos nuestro arrepentimiento y el ruego de perdón para nuestras debilidades y pecados.

A partir de Pascua todo es nuevo en el mundo de los discípulos. Así lo podemos descubrir en las lecturas que nos ofrece hoy la liturgia. Para el pueblo de Jerusalén el centro ya no son los jefes del pueblo, ni los sacerdotes, ni el mismo Templo de tanta significación histórica y religiosa para ellos. Ahora se busca a los Apóstoles de Cristo para recibir de ellos la enseñanza y para alcanzar por su medio los favores de Dios.

1. PREPARACIÓN: invocación al Espíritu Santo

*Espíritu de Vida,
te invocamos sinceramente:
ven en ayuda de nuestra debilidad.*

*Ven, Espíritu de Dios, y habita en nuestra flaqueza
para que tu fuerza sea patente en nuestra existencia.
Ven, presencia renovadora para que podamos nosotros,
en nuestra fragilidad, recibir la Palabra de la Vida.*

*Ven a nosotros, injustos y pecadores, para que,
por tu poder creador,
se encarne en nosotros la Buena Noticia.*

*Ven a nosotros, Espíritu de la Verdad,
toma posesión de nuestro corazón y de nuestra mente,
acomódate en nuestro hogar, conduce nuestra vida cotidiana
según los designios de Dios Padre.*

*Ven a nosotros, ven a tu Iglesia y hazla gustar
de tu gozo embriagador, en la aceptación diaria y confiada
de la única Palabra que salva.
Amén.*





2. LECTURA: ¿QUÉ DICE el texto?

Hch. 5, 12-16: «Crecía el número de los creyentes»

El pueblo de la antigua alianza cede su lugar al nuevo pueblo de Dios, la Iglesia, que está naciendo. Lo que antes de entendió por salvación adquiere ahora su plena dimensión. El número de discípulos iba creciendo. Con la ida del Señor la misión que él trajo no se ha extinguido sino que vive en el corazón de todos y de la nueva comunidad.

La lectura de los Hechos así nos lo confirma: *hacían los Apóstoles muchos signos y prodigios en medio del pueblo*. Una nueva y buena noticia se produce y el mundo se divide: por una parte estaba el grupo nuevo que se reunía en una dependencia del Templo: *Crecía el número de creyentes, hombres y mujeres, que se adherían al Señor*. El centro verdadero no eran precisamente los Apóstoles sino el Señor que ellos anunciaban. Todavía no tenían sitio propio para sus asambleas. Lo que importaba no era la casa sino **encontrarse y reunirse**. Ellos mismos empezaban a ser la **nueva casa** del Señor: su Iglesia. Ella estaba donde ellos estuvieran reunidos en el nombre de Jesús resucitado. Por otra parte estaban *los demás que no se atrevían a juntarseles aunque la gente hablaba de ellos con admiración. Sacaban los enfermos...* buscaban que al menos *recibieran la sombra de Pedro*, y por ella una gracia nueva de sanación. Sentían la distancia que los separaba pero al tiempo la atracción que les causaba su nueva manera de vivir. Todo era nuevo y diferente. Eso es Pascua.

Sal. 118(117): «Den gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia»

. Nada más grande que esta pequeña alabanza: «*porque es bueno*». Ciertamente, el ser bueno es tan propio de Dios que, cuando su mismo Hijo oye decir «**Maestro bueno**» a cierto joven, le respondió: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios». Con esta respuesta, Jesús quería decir: Si quieres llamarme bueno, comprende, entonces, que **Yo soy Dios**.

Con las palabras del Salmo reconocemos el amor -la misericordia- de Dios, que se ha manifestado en la Resurrección de Jesús. En Él, los hombres, pecadores, tenemos la demostración viviente de cómo Dios nos ama como hijos, en el Hijo.

Ap. 1, 9-11a. 12-13. 17-19: «Estaba muerto, y ya ves, vivo por lo siglos de los siglos»

Pasaron muchos años y el Apocalipsis, al final del primer siglo, nos presenta una Iglesia desterrada y sufriente que sin embargo goza con la victoria del Cordero que es su propia victoria. El vidente se encuentra desterrado en una de las hoy famosas islas griegas: Patmos. Para Cristo resucitado no hay sitio lejano y prohibido. Llega donde si discípulo en día Domingo. Es el mismo día de la resurrección, de la victoria de Cristo.





El vidente se presenta como *hermano y compañero* en una nueva fraternidad que es la Iglesia. Los vínculos son el Reino y la esperanza. El *éxtasis* lo hace entrar en la experiencia de Dios y recibe la orden de escribir y comunicar a la totalidad de la Iglesia lo que va a escuchar.

¿De donde viene la voz? La imagen que se nos ofrece es la de Cristo glorioso: *Yo soy el primero y el último, Yo soy el que vive... estaba muerto pero, ya ves, vivo por siempre Tengo las llaves de la muerte y del abismo.* Se presenta como sacerdote y como rey, como quien sirve de mediador entre Dios y el hombre, y como quien pone al servicio del hombre su poder salvador. El es el que vive en la Iglesia representada por esas siete lámparas. Trae un mensaje para esa Iglesia perseguida que tiene la confianza de la presencia triunfadora de Cristo en ella. Es el profeta que fortalece a la Iglesia, que sufre contradicción y persecución, y le anuncia la Palabra del consuelo y la esperanza. Eso es Pascua.

Jn. 20, 19-31: «Al atardecer del primer día de la semana se presentó Jesús»

EVANGELIO DE JESUCRISTO SEGÚN SAN JUAN

R/. Gloria a Ti, Señor.

¹⁹ Al atardecer de aquel día, **el primero de la semana**, estando **cerradas**, por miedo a los judíos, **las puertas** del lugar donde se encontraban los discípulos, **se presentó Jesús en medio de ellos** y les dijo: «**La paz con vosotros**». ²⁰ Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. ²¹ Jesús les dijo otra vez: «La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.»

²² Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo. ²³ A quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengan, les quedan retenidos».

²⁴ **Tomás**, uno de los Doce, llamado el Mellizo, **no estaba con ellos** cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: «**Hemos visto al Señor**». ²⁵ Pero él les contestó: «**Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré**».

²⁶ Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y **Tomás con ellos**. Se presentó Jesús **en medio** estando las **puertas cerradas**, y dijo: «**La paz con ustedes**».





²⁷ Luego dice a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y **no seas incrédulo sino creyente**». ²⁸ Tomás le contestó: «**Señor mío y Dios mío**». ²⁹ Dícele Jesús: «Porque me has visto has creído. **Dichosos los que no han visto y han creído**».

³⁰ Jesús realizó en presencia de los discípulos **otras muchas señales** que no están escritas en este libro. ³¹ Estas han sido escritas *para que ustedes creen que Jesús es el Cristo*, el Hijo de Dios, y para que **creyendo tengan vida en su nombre**.

Palabra del Señor

R/. Gloria a Ti, Señor Jesús.

Re-leanos el texto para interiorizarlo

a) Contexto: Jn. 20 - 21: El día de la Resurrección y Epílogo
Jn. 20,1-18. (19-31) - 21,1-25

Estamos ante el **primer final** del evangelio de Juan. Antes de nuestro texto, el evangelio ha relatado la escena del sepulcro vacío (Jn 20,1-10) y la aparición de Jesús a María Magdalena (20,11-18).

Después, se nos relatará la aparición de Jesús en el lago de Tiberíades (21,1-23) y el **segundo final** del evangelio, que concluye con una impresionante hipérbola acerca de las acciones del Resucitado, que deja abierta para el creyente la puerta de una relación interminable con Jesús, Señor de la Vida (21,24-25).

a) Comentario:

v. 19a:

Dice el Evangelio de Juan: «**Al atardecer** de aquel mismo día, el primero de la semana, estando **cerradas**, por miedo a los judíos, **las puertas** del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros» (v. 19).

El evangelista reúne aquí una serie de detalles, de particulares: la tarde, la tarde de aquel mismo día, el primero después del sábado, con las puertas cerradas. ¿Qué quiere evocar el evangelista con estas indicaciones?





La *tarde* es el momento de la *tristeza* y de la *soledad*. Sin embargo, es la tarde «de aquel mismo día», el primero de la semana. Y con estas palabras el evangelista se refiere a todo lo que había dicho en el **cap. 20** hasta ese punto. Es el día en el que María Magdalena fue a la tumba, y la narración comienza precisamente con las palabras: «**el primer día de la semana**» (Jn. 20, 1). Es la tarde de la tumba vacía, la tarde del anuncio, la tarde de la Resurrección. En esa tarde de ese mismo día una experiencia vivida con el Señor en una realidad nueva, les traía *seguridad* y *confianza*.

->: Sin embargo, nos dice el evangelista, se encuentran «con las *puertas cerradas* por miedo a los judíos». Los discípulos estaban reunidos en la sala donde habían cenado con él la víspera de morir. Temerosos, desconcertados y por eso tenían bien *cerradas las puertas*.

Hay una atmósfera de *miedo*. No ha sido suficiente el anuncio, no bastan los signos, se necesita algo más. El *miedo* se expresa con la imagen de las *puertas cerradas*: miedo y encierro van juntos (cfr. Gn. 3, 8.10). Mientras la *alegría* es la madre de la *comunicación*, de la *apertura*, del impulso hacia los demás, el miedo está a la base del cierre sobre sí mismo.

El evangelio de san Juan nos lleva al Domingo que siguió a la Pascua de Resurrección. Todavía los apóstoles no han vencido el miedo al ambiente hostil que los rodea. Por una parte sienten la necesidad de estar unidos. Forman un grupo nuevo y se distinguen de los demás. Su relación y su unión a Cristo, ausente desde su muerte pero presente en forma nueva desde su resurrección, los hace diferentes. Sienten que llevan en sí mismos un ser nuevo que los caracteriza: son los discípulos del crucificado. Pero además *se encierran* no solamente en su habitación bien asegurada sino sobre todo en sus temores. Todavía tienen que ser fortalecidos con la presencia del Señor y con la fuerza del Espíritu.

->: En esta situación es en la que Jesús, venciendo todo obstáculo, viene. Más aún, el texto dice: se puso «*en medio de ellos*». Esta expresión es nueva en el Evangelio: Jesús «*se puso en medio*». Por tanto, no en alto, como hubiera podido hacerlo demostrando su superioridad; no a un lado como juzgándolos, sino «*en medio de ellos*», a su nivel, en una igualdad de relación, en una fraternidad por sí misma significativa. Para Él nada ni nadie puede impedir llegar al corazón de su comunidad y de los que son suyos. Jesús se les presenta *en medio de ellos*. En esa realidad nueva no hay ningún obstáculo que le impida entrar en relación con sus amigos.

v. 19b:

Jesús se puso en medio de su Iglesia, la consuela en su temor con el **anuncio de paz**. Su saludo es el de *la paz* nueva, la paz de Dios, la que colma la vida de bendición divina.

La palabra de Jesús no es una palabra obvia, que se suponía. Más bien hubiera podido presentarse con palabras de reproche, con palabras doloridas: «¿Por qué me





abandonaron, hombres de poca fe? ¿A dónde fueron a parar todas sus promesas? ¿En dónde estás, Pedro, que me gritabas tu fidelidad hasta la muerte?»; Jesús hubiera podido hacerlos enrojecer, humillarlos, avergonzarlos, sacudirlos, y lo hace, pero con esta dulcísima palabra: «*Paz a ustedes*». Palabra de *ánimo*, palabra de *misericordia*, palabra de *confianza*.

Es la **paz** que había prometido cuando estaban afligidos por su partida (**Jn. 14, 27; 2Tes. 3,16; Ro. 5, 3**), la *paz mesiánica*, el cumplimiento de las promesas de Dios, la liberación de todo miedo, la victoria sobre el pecado y sobre la muerte, la *reconciliación con Dios*, fruto de su Pasión, don gratuito de Dios.

Se ha abierto la puerta de **la paz**. Ella encierra la riqueza del amor de Dios que se hace efectivo en la vida del hombre. La salvación que el hombre ansía, ser liberado de toda atadura de fracaso y de muerte, es un acontecimiento cumplido.

La **paz** que Jesús anuncia a sus discípulos no es una mera convivencia sin mayores temores sino la consecución de los anhelos más profundos del corazón humano: amor, solidaridad, realización plena de la persona.

vv. 20a:

Jesús «*les mostró las manos y el costado*» (v. 20a), es decir, les mostró sus estigmas, sus llagas: quiere decir que les mostró **la Cruz**. Jesús refuerza las pruebas evidentes y tangibles de que es Él el que ha sido crucificado. Al mostrar las heridas quiere hacer evidente que **la paz que Él da, viene de la Cruz** (cfr. **2Tm. 2,1-13**). Forman parte de su identidad de Resucitado (cfr. **Ap. 5,6**). Él se identificó ante ellos **con la Cruz**, mostrándoles **sus manos y su costado**, ahora gloriosos. Es el mismo Jesús, traspasado por los clavos y la lanza, pero no sufriente y dolorido sino ahora **Señor** de la gloria y **salvador** resucitado.

vv. 20b-21:

«Y los discípulos **se alegraron al ver al Señor**». Es el mismo gozo que expresa el profeta Isaías al describir el **banquete divino** (cfr. **Is. 25,8-9**), el **gozo escatológico**, que había preanunciado en los discursos de despedida, gozo que ninguno jamás podrá arrebatarse (cfr. **Jn. 16, 22; 20, 27**. Cfr. También **Lc. 24, 39-41; Mt. 28, 8**). No se asustan, no sienten repugnancia por los signos de la Pasión, por las llagas, sino que **se alegraron** por la alegría del **Crucificado-Resucitado**. De nuevo, su saludo es nuevo: **Paz a ustedes**. Más que una simple cortesía encierran esas palabras el fruto de lo vivido en el misterio de su pasión.





v. 22:

Para que la acción renovadora de Dios se realice en sus discípulos les da el don del Espíritu Santo. Espíritu significa soplo de aire, brisa benéfica. Por eso sopla sobre ellos y les dice: **Reciban el Espíritu Santo**. Es el poder de Dios comunicado al hombre débil, es la luz divina que ilumina las tinieblas del hombre pecador, es la fuerza de Dios que sana la incapacidad del humana para la misión que el Señor les confía.

v. 23:

Les da con el Espíritu el *poder de perdonar pecados*, de derribar esa barrera que separa al hombre de Dios y de sus hermanos.

vv. 24-25:

Uno estaba ausente, **Tomás**. Había estado ausente ocho días antes. Había desertado de la comunidad. Alejarse de ella era alejarse del mismo Jesús. Tomás no consigue creer a través de los testigos oculares. Quiere hacer *su experiencia*. El evangelio es consciente de la dificultad de cualquiera para creer en la Resurrección (cfr. **Lc. 24**, 34-40; **Mc. 16**, 11; **1Co. 15**, 5-8), especialmente aquéllos que **no han visto** al Señor. Tomás es su (o mejor, *nuestro*) intérprete. Él está dispuesto a creer, pero quiere resolver personalmente toda duda, por temor a errar. Jesús no ve en Tomás a un escéptico indiferente, sino a *un hombre en busca de la verdad* y lo satisface plenamente. Es por tanto la ocasión para lanzar una apreciación a hacia los futuros creyentes (cfr. vers. 29).

La duda de Tomás deja transparentar también lo difícil que era creer en la resurrección. Lo mismo que sucedió con María Magdalena, en Tomás, *la luz llega de lo alto*, de Jesús. Pues está bien claro que los datos que fundamentan la fe cristiana sólo la engendran de verdad cuando los informa la otra luz venida de lo alto. «Nadie puede venir a mi si el Padre que me ha enviado no le atrae» (Jn. 6, 44).

v. 26a:

«**Ocho días después**» - denuevo en el **primer día de la semana**- la escena se repite. Esto significa que Tomás fue capaz de sostener su opinión durante una entera semana, contra el testimonio de los otros apóstoles. Y así, ocho días después, durante la reunión de la comunidad, ellos tuvieron de nuevo una profunda experiencia de la presencia de Jesús resucitado en medio de ellos. Las puertas cerradas no pudieron impedir que El estuviera en medio de los que creían en El. Hoy pasa lo mismo. Cuando estamos reunidos, aunque tengamos las puertas cerradas, Jesús está en medio de nosotros.

v. 26b:

Tres veces repite Jesús el saludo: «**Paz a vosotros**». La paz y la serenidad interior es una marca de los discípulos «*habitados*» por Jesús. La paz, que es un don





del Resucitado, se vuelve tarea de los discípulos en el envío. ¿Dónde urge trabajar la paz entre nosotros?

Y hasta hoy, la primera palabra de Jesús, es y será siempre: «**¡La Paz con ustedes.** Esta repetición acentúa la **importancia de la Paz.** Construir la paz forma parte de la misión. Paz, significa mucho más que la ausencia de guerra. Significa **construir una convivencia humana armoniosa**, en la que las personas puedan ser ellas mismas, teniendo todas lo necesario para vivir, conviviendo felices y en paz. Fue ésta la misión de Jesús, y es también nuestra misión.

v. 27:

Y luego se dirige a Tomás. Lo que llama la atención es la *bondad* de Jesús, su *Misericordia*. Jesús acepta el reto y dice: «**Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente**». Tomás recibe la luz de la Pascua cuando Jesús se le presenta y se le abre para que toque y compruebe. Este momento lo incluye en el misterio de Pascua y le comunica su dinamismo salvador:

Lo quiere conducir a la fe en la resurrección. Tomás tiene que aceptar que el que ha sido crucificado, el que tiene las huellas de la pasión en sus manos y en su costado, es el mismo que ahora glorioso lo llama a entrar en el misterio de la vida nueva que ha surgido con la resurrección.

v. 28:

Tomás se rinde y de lo hondo de su corazón brota su **confesión de fe** que ha quedado grabada para siempre: «**¡Señor mío y Dios mío!**»: Tomás, transformado por la Luz de la Pascua hace la confesión máxima de la fe. **¡Exclama que Jesús es Dios!** Es la profesión de **fe pascual** en la *divinidad de Jesús* más explícita y directa. En el ambiente judaico adquiría todavía más valor, en cuanto que se aplicaban a Jesús textos que se refieren a Dios. Jesús no corrige las palabras de Tomás, como corrigió aquéllas de los judíos que lo acusaban de querer hacerse “*igual a Dios*” (Jn. 5,18ss), y, por tanto, aprueba así el reconocimiento de su divinidad.

Tomás nos deja la expresión máxima de su fe en palabras que recogemos como nuestras: «**Señor mío y Dios mío**»; Su incredulidad nos ha merecido escuchar esta bienaventuranza que es bien nuestra: *Dichosos los que crean sin haber visto*. Los que ven la realidad nueva con los ojos de Dios y no con la mezquina visión meramente humana.

v. 29:

«**Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído**». La bienaventuranza final se dirige a todos aquéllos que creerán por la palabra y el testimonio. Es la *profesión de fe en el Resucitado* y en su *divinidad* como está





proclamado también al comienzo del evangelio de Juan (cfr. **Jn. 1,1**) En el Antiguo Testamento “Señor” y “Dios” corresponden respectivamente a «Yahvé» y a «Elohim» (cfr. **Sal. 35,23-24; Ap. 4,11**).

Jesús nunca soporta a los que están a la búsqueda de signos y prodigios para creer (cfr. **Jn. 4,48**). Aquí, aunque Jesús no critica, ni juzga la incredulidad de Tomás, parece reprochar a Tomás. Encontramos aquí un pasaje hacia una *fe más auténtica*, un «camino de perfección» hacia una fe a la que se debe llegar también sin las pretensiones de Tomás, la **fe aceptada como don y acto de confianza**. Como la fe ejemplar de nuestros padres (cfr. **Ap. 11**) y como la de María (cfr. **Lc. 1,45**).

Los que escuchan la experiencia de Tomás son *los nuevos discípulos de Cristo: lo han seguido sin haberlo visto*, lo han deseado, han creído en él. Lo han reconocido con los ojos de la fe, no con los del cuerpo. No han puesto sus dedos en la herida de los clavos, pero se han unido a su cruz y han abrazado sus sufrimientos. No han visto el costado del Señor, pero se han unido a sus miembros a través de la gracia.

A nosotros, que estamos a más de dos mil años de distancia de la venida de Jesús, se nos dice que, aunque no lo hayamos visto, lo podemos amar y creyendo en Él podemos exultar de «*un gozo indecible y glorioso*» (**1Pe.1,8**).

vv. 30-31: «Estos signos han sido escritos para que ustedes **crean** que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que **creyendo tengan vida** en su nombre»:

La finalidad del evangelio de Juan queda expresada en estos dos últimos versos: no tiene la finalidad de escribir la vida completa de Jesús, sino *despertar la fe en Jesús* como Mesías e Hijo de Dios y así alcanzar vida en su nombre. En este marco queda encuadrada la duda de Tomás ante la aparición de Jesús y la nueva aparición a los ocho días. Creyendo en Él tenemos la vida eterna. Si Jesús no es Dios, «*¡vana es nuestra fe!*»..

3. MEDITACIÓN: ¿Qué **NOS DICE** el texto?

Acontecimiento siempre nuevo

Pascua no es solamente un recuerdo remoto de algo pasado. Pascua es un acontecimiento siempre nuevo y viviente. Creer en el resucitado va más allá de aceptar un hecho que sobrepasa nuestra humana comprensión. Pascua ante todo es un compromiso de vida.

No solamente afecta nuestra relación con Dios sino que nos invita a una manera nueva de ver el mundo en que vivimos, su historia y su desarrollo, de ver a los hombres que caminan con nosotros en la vida, de ver esta casa grande que Dios nos ha dado, la creación, para albergar a toda la humanidad que Él ama, y a la que quiere llevar al interior de su misterio. Pascua cambia nuestra manera de vivir en el tiempo, nuestra





manera de relacionarnos con los demás. Nos abre a la experiencia nueva de Dios que nos invita a entrar en su proyecto de salvación del mundo.

Al dar el paso hacia Dios entramos ya también nosotros en una experiencia de resurrección que nos hace diferentes pero sin salir del mundo en que vivimos, y al que debemos revelar con nuestro vivir comprometido el amor de Jesucristo que los atrae hacia su reino y su acción redentora

El tiempo de la Iglesia misionera empieza. Hay que llevar por el mundo la salvación obrada por la muerte y resurrección de Jesús. Llenos del Espíritu, con el poder de Dios, deben llenar el mundo de esa realidad nueva que abre al hombre la plenitud de su realización.

4. ORACIÓN: ¿Qué **LE DECIMOS NOSOTROS** a DIOS?

Ven, quédate con nosotros, Señor,
y aunque encuentres cerrada la puerta de nuestro corazón
por temor o por cobardía, entra igualmente.

Tu saludo de paz es bálsamo
que hace desaparecer nuestros miedos;
es don que abre el camino a nuevos horizontes,
dilata los angostos espacios de nuestro corazón,
refuerza nuestra frágil esperanza
y nos da unos ojos penetrantes para vislumbrar
en tus heridas de amor los signos de tu gloriosa resurrección.

Con frecuencia también nosotros nos mostramos incrédulos,
necesitados de tocar y de ver para poder creer
y ser capaces de confiar.

Haz que iluminados por el Espíritu Santo,
podamos ser contados entre los bienaventurados que,
aunque no han visto, han creído.

Que la Pascua que celebramos
nos haga dóciles a la Palabra de Dios
y capaces de superar nuestros criterios personales
para abrirnos a tu acción misericordiosa y salvadora.

Que quienes tienen dificultades y dudas en la fe
encuentren en tu Pascua la firmeza y la paz.

Verdaderamente eres Tú el camino,
la verdad y la vida, aurora sin ocaso, sol de justicia y de paz.
Haz que permanezca en tu amor,
ligado como sarmiento a la vid, dame tu paz,
de modo que pueda superar mis debilidades,
afrontar mis dudas, responder a tu llamada
y vivir plenamente la misión que me has confiado,





alabándote para siempre.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén

5. CONTEMPLACIÓN - ACCIÓN: ¿A QUÉ NOS COMPROMETE LA PALABRA?

Miedo y encerramiento

¿Cómo podríamos hoy expresar en nuestro lenguaje este temor que tenía encerrados a los apóstoles? Miedo al ambiente que nos rodea, miedo a la cultura dominante, miedo a aparecer distintos, extraños, nuevos; miedo a ser perseguidos, miedo a expresar libre y valientemente el mensaje que está dentro, miedo a dejar estallaren sí las fuerzas del Evangelio, actitud cautelosa, sospechosa, oculta.

Nosotros, en la escuela del Apóstol Tomás, queremos asomarnos a esas Llagas gloriosas de Cristo, porque ante nuestros propios problemas, quisiéramos que no se dieran esas llagas; a veces quisiéramos que nuestros dolores, dificultades, frustraciones o fracasos no se dieran. Y resulta que el camino de la Cruz y el camino de la Pascua no es distinto: a Cristo se le ven bien las Llagas; Cristo va adornado no con joyas ni con perfumes, no lleva accesorios de última moda, sino lleva sobre su propio Cuerpo el hermoso vestido de las Llagas gloriosas.

Y el mensaje para nuestra propia Pascua es ése: ya no más esconder nuestro dolor, ya no más hacer de cuenta que nada pasa, ya no más ocultar el rostro ante la pobreza, ante el pecado, ante la soledad, ante el odio del mundo.

El cristiano que ha participado de la fuerza de la resurrección de Cristo no tiene que esconder el rostro a esas cosas como si no existieran, ni tratar de no pensar en ellas como si ocurrieran en otro planeta.

Algunas preguntas para pensar durante la semana

1. ¿Me falta paz en algunos aspectos de mi vida? ¿Por qué?
2. ¿Identifico mi fe con la de Tomás, o con las palabras del Señor?
3. ¿Qué tensiones se presentan entre la fe personal y la comunitaria.
4. ¿Cómo vivir superando esas tensiones?
5. ¿Dónde experimento miedo y me sale al paso este Jesús al que reconozco Señor, Mesías, Hijo de Dios?
6. ¿Dónde lo toco en mi vida cotidiana, dónde lo veo y dónde lo oigo decirme «la paz con ustedes»?
7. ¿En qué noto esa vida suya en su nombre?

Carlos Pabón Cárdenas, C JM

